

SOCIEDAD

Aquel seminarista que ha sido periodista

Me satisface que el Seminario alcance sus 250 años de funcionamiento, con la referencia del gran número de jóvenes que han pasado por sus aulas. Aunque es conocida mi posición crítica en relación con la situación durante mi etapa como alumno –según expuse públicamente en este mismo lugar en 2015--, sin embargo, no puedo dejar de reconocer ese recorrido. Y agradezco la invitación para participar en este acto.

Se encuadra mi intervención dentro del apartado “alumnos en el compromiso político y social”. Y en relación con ello, realmente, sólo podré responder en cuanto ciudadano, el ciudadano que he sido y que ha mantenido un compromiso político como una de las responsabilidades que recaen en cualquier persona que no se considere amorfa o desprendida del tejido social, como el ciudadano consciente de sus derechos y de sus deberes. Pero compromiso político al igual que compromiso social, que compromiso cultural y demás estratos en que se organiza la sociedad. El compromiso del ciudadano que no dimite de su condición de tal, que no renuncia a tener una ideología política –faltaba más-- al igual que otras posiciones y se compromete con el mundo en que se desenvuelve su vida.

Pero entiendo que lo que se me demanda es que me refiera a ese compromiso político y social desde el territorio de mi profesión como periodista. Y, desde luego, en ese ámbito tampoco he renunciado a mi compromiso político, en cuanto derecho. Porque, además –y no hay por qué recurrir aquí a la explicación de ello--, el compromiso político y la política no se refieren solamente al corralito de tal ejercicio desde los partidos y el poder. Pero como generalmente esto es lo que se entiende por tal, como punto de partida quiero dejar sentado que nunca he pertenecido a ningún partido político y si me he sentido más cercano a alguno ha sido, evidentemente, a causa de mi ideología, que no tengo que ocultar que ha estado y está en el territorio de la izquierda, sin que ello haya supuesto cesiones en el ejercicio profesional.

Como no quiero impartir lo que sería una ridícula lección de periodismo, paso simplemente a señalar que el periodista, como cualquier otro ciudadano, tiene derecho a tener una ideología política y, como consecuencia de ello, su trabajo no será ajeno a tal situación. Igual que un periodista desarrollará su tarea en un sentido u otro en función de su formación cultural, jurídica, científica, también su ideología entrará en escena a la hora del tratamiento de los asuntos que le van saliendo al camino cada día. Lo que sí ocurre –o debería suceder-- es que esa ideología que es un motor, habrá que embridarla para que en el desempeño del oficio no sea la determinante de sus aportaciones. Habrá que buscar y atender los datos y los elementos de la información con el equilibrio necesario que

traduzca el relato de los hechos en una pieza veraz, tendente a trasladar al lector o al oyente o al espectador los elementos que le permitan establecer un juicio en función del conocimiento de hechos y situaciones que se le ofrecen. Eso que se llama “la objetividad” no existe. Lo que existe es el compromiso del periodista con la búsqueda y relato de datos veraces, el traslado limpio de hechos vividos, presenciados o que le han referido y han sido contrastados. Luego, los juicios son libres.

Desde esos planteamientos he desarrollado mi recorrido profesional. Aunque no me agrada alardear de nada, sin embargo, tampoco tengo por qué ocultar ese recorrido en un agujero. Por ello tengo que señalar que he sido un periodista que me he complicado la vida en no pocas ocasiones, y además he sido consciente de ello. A la mayoría de las gentes y, desde luego, a los políticos y a quienes gestionan poder en diferentes ámbitos, no les agrada ni un pelo que se busque información que no les parece conveniente que aparezca o que se emitan juicios que suponen posiciones críticas. He metido las narices en demasiados lugares, lo que ha motivado que haya ido sumando una serie de gentes que me repelen, pero también sucede que cuento con gran número de personas que me acogen en sus brazos de la amistad. Salamanca es una ciudad y provincia muy dura, un territorio muy cerrado todavía a las perspectivas del tiempo por el que caminamos. En Salamanca molesta mucho todo lo que no sea sumisión, clientelismo y sometimiento a las pautas e intereses que marcan quienes se arrogan derechos y posiciones de dominio. Pero si yo me vine a Salamanca al terminar los estudios de Periodismo en lugar de quedarme en Madrid –como pude, y luego he tenido ocasión de haber vuelto a la capital-- fue precisamente por el compromiso, quizá insensato aunque consciente, de trabajar por esta tierra que lo que siempre ha necesitado –y ahora más que nunca-- son mentes y brazos que aporten su contribución.

Me voy a referir a algunas de las parcelas por las que he transitado especialmente, aunque –al igual que otros compañeros-- he sido un periodista que ha entrado en campos muy diversos, lo cual me ha parecido muy enriquecedor, y en contra de las situaciones actuales que buscan la especialización informativa; especialización que es conveniente, desde luego, pero considero mejor mis tiempos de ayer. Es importante resaltar que la libertad que he encontrado, tanto como mero redactor como en mis situaciones directivas, ha sido posible fundamentalmente por haber trabajado en medios públicos, por más que también mis colaboraciones en medios privados (El País, El Norte de Castilla, sobre todo) no encontraron problemas censores o de rechazo.

Una de mis dedicaciones con bastante intensidad fue el mundo rural, atención que me arrogué voluntariamente porque nunca he olvidado dónde están mis raíces, que soy un tipo de pueblo. Yo conocía y entendía los problemas de las gentes del campo, conocía también su lenguaje, sus carencias, sus aspiraciones. Además de buscar y ofrecer la información agro-pecuaria general, siempre busqué reforzar las reivindicaciones del sector, pero también traté de que llegaran a esas gentes posiciones a las que tenían que ir adaptándose como consecuencia de los cambios que se imponían mientras se desprendían de hábitos ya nada convenientes. Durante muchos años mantuve una sección, firmada por

El Paleta del Froya, donde incidí especialmente en esos terrenos desde el empleo y recreación del lenguaje y costumbres de mi origen.

Con campañas insistentes y a veces tensas, por ejemplo, en relación con la raza morucha, al borde de su degradación y que se logró recuperar, o las peleas a favor de los necesarios regadíos de La Armuña, en esa dedicación en torno al mundo rural destacó especialmente la atención a la esencia del problema del territorio rural de nuestra provincia: la población. Lo que no se podía eludir ya antaño era la caída progresiva de habitantes en los pueblos y las condiciones de vida de quienes quedaban en los núcleos, no se podía pasar por alto cómo se iban retirando servicios y funciones, ni tampoco no ser conscientes de cómo los entierros superaban a los nacimientos. Entonces, aunque no faltaran aportaciones sobre el problema, no era muy frecuente que en un periódico se insistiera en relación en ese panorama. Y eso comenzó a molestar, sobre todo, en medios políticos, porque evidentemente al afrontar tales situaciones se planteaban los fallos que originaban la deriva de caída de censo en los pueblos. No faltaba quien señalaba sin cortarse un pelo que si no tenía otros temas “de interés” en los que ocuparme. En fin, todos sabemos cómo el problema se ha agudizado, y eso originó que el periodista que yo fui siguiera argumentando sobre lo que sucedía en el mundo rural.

Ya entonces esa exposición aparecía especialmente en un periódico regional, El Norte de Castilla, y comenzaron a recibirse algunos avisos desde el Gobierno regional y sus satélites de que mis textos eran improcedentes. Cómo no iban a parecerles material inaguantable si lo que planteaban era lo que ha venido a ocurrir como consecuencia de su incompetencia, que aún se mantiene: el hundimiento de la población en la región, y a nuestro lado tenemos el agudo problema que padece nuestra provincia. Hoy, desde la reserva –y cuando ese problema de “la España vacía” ya es muy frecuente en textos, foros y conversaciones--, me siento satisfecho de aquel compromiso social y político, en relación con el cual no puedo dejar de apuntar que conté con un maestro que se puede considerar pionero al afrontar esos asuntos, nuestro amigo y compañero Javier Alonso Torrens, el sociólogo que tantas luces ha aportado en ese campo.

Otro estrato de mis tareas: la política. Como muchos periodistas, he sido un profesional afortunado por el tiempo en que me tocó vivir, el último franquismo y el desarrollo de la transición y sus derivas. Con sus sucesivas escaladas, fueron momentos plenos en el campo de la información política, con situaciones de cambio y evolución, con posiciones de un mundo ya carcomido que se iba y la llegada de otro panorama tan diferente como la consecución de la democracia. Con frecuencia, teníamos que renovarnos también nosotros para acertar trasladar la información a las gentes. En ese tránsito, donde inicialmente la información surgía y se buscaba en los diferentes puntos que la generaban, en focos que eran amplios, el periodista llegaba directamente a los partidos y a los políticos de todo tipo y condición, mediante contactos sin interferencias. Las ruedas de prensa eran escasas, afortunadamente. Si queríamos información, había que buscarla. Hasta que más adelante, comenzaron a torcerse las cosas, cuando dejaron de tener fresca las situaciones, y surgieron sistemas de control y de intoxicación con respecto a la información, hasta el punto de haber ido caminando por un grado progresivo de

degeneración notable, con las dichas rueda de prensa para no informar de nada de lo que no interese contar y hasta con las que se convocan “sin preguntas”, lo que supone el hundimiento de la información, cuando ésta, en buena medida, ha caído en la deriva de la comunicación interesada que inunda los textos y voces de los medios.

También en el campo de la información política consideré necesario un compromiso con mis tareas informativas. Lo fácil era seguir la correa de transmisión en que se fue cayendo desde los iniciales momentos de entusiasmo. Si no se seguían esas pautas --si se buscaban informaciones propias, si se preguntaba en ruedas de prensa con afán de conseguir datos, por ejemplo--, uno corría el riesgo de convertirse en un tipo que se buscaba la enemiga de quien no aceptaba esas interferencias, y empezaban los descréditos, por ejemplo, con indicaciones de estar al servicio de tal o cual partido, organización o interés con sus informaciones no acopladas a lo que se esperaba. Me cayeron encima un buen chorreo --procedentes de diferentes frentes políticos-- de ese tipo de condenas. Incluso, en una ocasión, me llegaron a acusar de que había sido el responsable de romper con mis informaciones el camino “hacia el centro” del PP de José María Aznar, en 1992. En definitiva, que no se admitía que se relatara lo que no convenía en determinados estratos. Pero a mí, como a muchos periodistas, no nos dio la gana el sometimiento al que sí se plegaron otras gentes del gremio.

Esas situaciones comprometidas con lo que requería mi oficio --y está escrito--se plasmaron también en ámbitos como la Universidad y, con mucha dedicación, en el territorio de la cultura, con las diferentes ramas de su panorama, y donde la atención al cine ha supuesto un especial regusto. Pero incluso, cuando me dio por publicar una novela, resulta que me salió también un libro en el que la ficción se entrecruzó con los andamios de la cruda realidad política.

Rememoro lo que indiqué de entrada: que, en todo caso, esos apuntes que dejo como briznas de una dedicación profesional, no son otra cosa que respuestas de un ciudadano que se siente comprometido con su entorno, sin ninguna condición heroica. En cierto sentido, y aunque vuelvo a señalar que en mi etapa en el seminario no se nos preparó adecuadamente para esos desafíos, sin embargo, sí me creo tributario de que en este centro se me inculcó la voluntad de trabajo que siempre he conservado y también un sentido de honradez ante la vida que se despliega, lo que considero importante a la hora de haber configurado esas posiciones de compromiso que me han impulsado en mi profesión.

D. Ignacio Francia Sánchez
Periodista